

Sobre el tiempo histórico

On Historical Time

Carlos Navajas Zubeldia
Universidad de La Rioja. España
carlos.navajas@unirioja.es

A la memoria de Julio Aróstegui

Abstract

This article is a reflection on historical time, a category that should not be identified with the past strictly speaking, nor even with the historical past. In this text we defend the thesis that a correct view of the History of our times can only be based upon a fluent concept of time, of systemic nature, and that this should only be understood as a non-mechanical way of representing conceptions of the past, present, and historical future, plus the associations that these time elements may establish one another. We devote a section to all of them and highlight the topic of the relationships between the present and the future.

Key Words

Historical time, present, past, historical future.

Resumen

El presente artículo es una reflexión sobre el tiempo histórico, categoría que no debe ser identificada con el pasado propiamente y ni tan siquiera con el pasado histórico. En este texto defendemos la tesis de que una visión adecuada de la Historia de Nuestro Tiempo solo puede basarse en una concepción del tiempo fluyente, de naturaleza sistémica, y que éste sólo puede ser entendido como un modo no-mecánico de representar del pasado, el presente y el futuro históricos, así como las asociaciones que se establecen entre todos estos elementos temporales. Dedicamos un apartado a cada uno de ellos, poniendo especialmente el acento en el tema de las relaciones entre el presente y el futuro.

Palabras clave

Tiempo histórico, presente, pasado, futuro históricos.

Introducción

Este artículo es una aproximación al análisis del tiempo histórico. Se trata de una clase de tiempo que en modo alguno identificaremos con el pasado, y ni tan siquiera con el pasado histórico. Entre otras cosas, porque consideramos que el tiempo histórico debe ser entendido cuando menos como la suma – no mecánica – del pasado, presente y futuro históricos y de las asociaciones que, al modo “koselleckiano”, se pueden establecer entre (y con) los tres dominios histórico-temporales (pasado-pasado, pasado-presente, presente-presente, presente-futuro, futuro-futuro).¹ Esta reflexión sobre el tiempo histórico se aborda además desde la historiografía contemporaneísta y, dentro de ella, desde la historia del tiempo que vivimos, la Historia de Nuestro Tiempo. Desde el momento en el que los historiadores hemos reconquistado el presente histórico para la historiografía, la pregunta que surge inmediatamente es: ¿qué hacemos con el futuro histórico? ¿Lo obviaamos? ¿O, por el contrario, tratamos de integrarlo en la propia disciplina histórica como en gran medida han hecho ya los científicos sociales, auténticos expertos en historia del presente, aunque tal vez no sean conscientes de ello?² El texto está dividido en tres partes, en las cuales, al hilo de lo arriba apuntado, reflexionaremos acerca de los tres dominios del tiempo: los pasados, presentes y futuros y sus versiones históricas. En la conclusión, trataremos de establecer una síntesis final acerca de qué es el tiempo histórico o, más modestamente, cómo puede ser esta – para algunos – aporía.

Los pasados y el pasado histórico

Parafraseando el título de una obra de David Lowenthal,³ se puede afirmar que el concepto de “pasado” es ciertamente extraño para la inmensa mayoría de los historiadores, a pesar de que lo invocan constantemente, así como su acrítica asociación con la disciplina que ejercen. Como concluye este autor: “El pasado sigue siendo una parte integrante de todos nosotros, tanto en [el] plano individual como en el colectivo. Debemos cederles su sitio a los antiguos (...). Sin embargo, su sitio no está sólo allá atrás, en un país separado y extraño sino que está asimilado en nosotros mismos y

¹ Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2001), 118. Acerca de estas asociaciones, véase más adelante.

² Este escrito es el último de una serie de publicaciones y otro tipo de actividades académicas sobre la misma materia o temas similares que se iniciaron en el año 1998 y llegan hasta nuestros días. En este sentido, habría que aclarar que su contenido es nuevo, pero también viejo, pues, a pesar del transcurso de los años, seguimos defendiendo básicamente las mismas ideas que antaño. Véase al respecto, Carlos Navajas Zubeldia, “Jano vs. Clío. La Historia del Tiempo... Futuro”, en *Actas del II Simposio de Historia Actual. Logroño, 26-28 de noviembre de 1998*, ed. Carlos Navajas Zubeldia (Logroño: Gobierno de La Rioja. Instituto de Estudios Riojanos, 2000), 37-81; ídem, “¿Qué es la Historia Actual?”, en *Franquismo y Democracia. Introducción a la Historia Actual de La Rioja*, coord. José Miguel Delgado Idarreta (Logroño: Gobierno de La Rioja. Instituto de Estudios Riojanos, 2000), 13-41; ídem, “El regreso de la ‘verdadera’ historia contemporánea”, *Revista de Historia Actual*, [vol.] 1, 1, (2003), 143-162; e ídem, “El gran presente. La Historia de Nuestro Tiempo, hoy”, en *Coetánea. Actas del III Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, eds. Carlos Navajas Zubeldia y Diego Iturriaga Barco (Logroño: Universidad de La Rioja. Servicio de Publicaciones, 2012), 9-20,

http://www.unirioja.es/servicios/sp/catalogo/online/Historia_nuestro_tiempo_3/portada.shtml [consulta 20 de abril de 2013].

³ David Lowenthal, *El pasado es un país extraño* (Madrid: Akal, 1998).

resucita en un presente en constante cambio”.⁴ Es decir, en un presente que deviene en futuro, agregamos nosotros. Sin embargo, el error de Lowenthal, como el de otros autores, es que cosifica los conceptos de pasado y presente, lo que le impide caer en la cuenta de su carácter maleable, inasible, fluyente.

Otra de las pocas excepciones a la afirmación anterior es, además del libro de Lowenthal, la obra del contemporaneísta británico Arthur Marwick, *The Nature of History*, que empieza con una breve reflexión sobre la noción de pasado. El propio autor se pregunta qué es exactamente el pasado y la propia cuestión anticipa una respuesta insatisfactoria, pues la pregunta correcta debería ser: ¿qué es el tiempo histórico? Para Marwick, el pasado, que es entendido por él y por la práctica generalidad de los historiadores, incluso los contemporaneístas, como un dominio temporal cosificado, es al modo más rankeano “what actually happened”. No obstante, el autor matiza que él se refiere al pasado humano (“the human past”) y no a otros pasados como, por ejemplo, el cósmico. El pasado humano ya no existe, a no ser por las huellas o vestigios que ha dejado. En consecuencia, este pasado no se puede aprehender directamente (“directly”), sino a través de las fuentes (huellas, vestigios) que nos ha legado. No obstante, Marwick reconoce que “What happened in the past profoundly affects all aspects of our lives in the present and will, indeed, affect what happens in the future”,⁵ lo que, a pesar de ser cierto, refleja una vez más una visión cosificada de los tres dominios temporales.

Sin embargo, la historia, o dicho con más precisión la historiografía, no es sólo el estudio del pasado por varias razones, como iremos viendo a lo largo de este escrito. En primer lugar porque cuando menos hay tres clases de pasados: el pasado real, el recordado y el histórico. El pasado real es aquel que existió una vez y que ya no existe en la actualidad, aunque de él nos quedan restos que sirven para reconstruirlo, es decir, para elaborar el pasado histórico, el cual ha sido tradicionalmente el pasado de los historiadores. Sin embargo, este pasado desde el momento en que pervive no es un pasado que haya desaparecido, sino que más bien forma parte del presente y del futuro; en suma, del continuo temporal. Por su parte, el pasado recordado entronca con la memoria y con la Historia de Nuestro Tiempo, pues, por un lado, el presente histórico es el dominio o tiempo de las generaciones vivas y sus recuerdos y, por otro, las fuentes orales son de primera importancia para la Historia de Nuestro Tiempo. Finalmente, el pasado histórico no es evidentemente *idéntico* al pasado real, pues de éste sólo quedan restos, tal y como se ha apuntado, pero no es menos cierto que el pasado histórico se basa en el pasado real. En este sentido, el pasado histórico en ningún modo se puede entender como un constructo sin relación con el pasado real.

Pero es más, aparte de estos pasados principales podríamos citar otros como el pasado cronológico y el pasado mítico. Respecto al primero de ellos, convendría subrayar que la cronología es la trama de la historiografía, pero que no se la puede identificar con ella ni por supuesto con el tiempo histórico. Como afirma Julio Aróstegui, “La cronología es medida básica del tiempo, tiempo mecánico, de reloj, pero no puede considerarse ese tiempo *mecánico* como ajeno y distinto, sino que es en realidad, la base del tiempo histórico, su principio y punto de partida”.⁶ No obstante, y a partir de la constatación de que conocemos toda la cronología del futuro, pero no los

⁴ *Ibid.*, 573.

⁵ Arthur Marwick, *The Nature of History* (London: MacMillan, 1989), 1-3.

⁶ Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método* (Barcelona: Crítica, 1995), 220. Acerca de la diferenciación existente entre cronología y tiempo histórico, véase también *Ibid.*, 169, 170, 217 y 219.

hechos que van a tener lugar en el mismo, tal vez habría que matizar la validez de lo que acabamos de decir en el sentido de que, como ya apuntó el propio Aróstegui, son los acontecimientos, eventos, etc., los que crean el tiempo histórico, concretamente el “tiempo interno” y los “espacios de inteligibilidad” o periodización histórica.⁷ Que el tiempo cronológico y el tiempo histórico son cosas distintas, lo subraya también Gwyn Prins. De acuerdo con sus palabras, “Los historiadores [‘tradicionales’] piensan de acuerdo con el tiempo cronológico, tal como lo mide el calendario y el reloj”. “Pero (...) el tiempo cronológico no es la única clase de tiempo que utilizan los hombres, y existen otras cosas que explicar, además del cambio”.⁸ A saber, la continuidad. Sirviéndonos una vez más de las palabras de este autor, “en algunos casos (...) la continuidad es un fenómeno mucho más interesante, y más difícil de explicar, que el cambio”.⁹ O como afirma Aróstegui, “El verdadero tiempo de la historia es (...) aquel que se mide en *cambio* frente a *duración*” o, dicho con otras palabras, “La historia (...) no coincide en modo alguno con el cambio sino con *la articulación dialéctica entre permanencia y cambio*”.¹⁰ Sin embargo, lo que ni estos ni otros autores tienen en cuenta es que la continuidad, la duración, la permanencia, poseen una naturaleza básicamente prospectiva, pues se proyectan desde el pasado hacia el futuro o, mejor dicho, desde cada pasado hacia cada futuro. Reflexión que, por cierto, apuntala una vez más nuestra tesis: que el tiempo histórico tiene una naturaleza sistémica.

Delgadez, espesor, presente extendido y presente histórico

Toda historia es historia contemporánea, aseguraba en su tan famoso como clarificador *dictum* Benedetto Croce en 1915.¹¹ Desde aquel lejano año, que podríamos situar en los orígenes más alejados de nuestro tiempo, ha habido otros historiadores que han continuado la estela marcada por la sentencia de Croce, aunque sin citarlo expresamente. Así, Edward Hallet Carr reflexionó acerca de la relación pasado-presente en su obra *¿Qué es la historia?* La primera respuesta de Carr a la pregunta de qué es la historia es la siguiente: “un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado”. Sin embargo, esta contestación es más ambigua de lo que parece a primera vista y sólo puede ser entendida si la situamos en su contexto. En efecto, unas líneas antes, Carr afirma que “el historiador es parte del presente, en tanto que sus hechos pertenecen al pasado”,¹² es decir, el autor está negando implícitamente que el objeto del historiador pueda ser la investigación del presente. Esto se ve con más claridad al final del capítulo segundo de su obra, que

⁷ *Ibid.*, 217. Sobre el espacio o lapso de inteligibilidad, pero visto desde un ángulo diferente al de Aróstegui, véase más adelante.

⁸ Gwyn Prins, “Historia oral”, en *Formas de hacer Historia*, ed. Peter Burke (Madrid: Alianza Editorial, 1993), 151. Para terminar de complicar el panorama, Prins cita también el “tiempo ecológico”, es decir, “el tiempo cíclico que se puede observar en la sucesión de las estaciones”. Este concepto fue acuñado por Edward Evans-Pritchard (*Ibid.*, 159).

⁹ *Ibid.*, 152. Como dice más adelante el mismo autor, “La continuidad histórica ha de ser explicada, y para ello se requiere más atención que para el cambio” (*Ibid.*, 175).

¹⁰ Julio Aróstegui, *La investigación histórica*, 178.

¹¹ Cit. en R. G. Collingwood, *Idea de la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), 198.

¹² Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?* (Barcelona: Planeta-Agostini, 1993), 40. Precisamente, Juliet Gardiner comienza su introducción a *What is history today...?* con la definición citada de Edward H. Carr de que el objeto de la historia es “an unending dialogue between the present and the past”, pero, contradictoriamente, en el resto de la introducción se refiere a la historia como el pasado (*What is history today...?*, ed. Juliet Gardiner, [Basingstoke, Hampshire: Macmillan Education, 1988], 1-3).

concluye con dos sentencias lapidarias sobre los dos sentidos de la historia: “la investigación llevada a cabo por el historiador y los hechos del pasado que él estudia”, o su doble función: “El pasado nos resulta inteligible a la luz del presente y sólo podemos comprender plenamente el presente a la luz del pasado. Hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado, e incrementar su dominio de la sociedad del presente, tal es la doble función de la historia”.¹³ Sin embargo, la contradicción es elemental: ¿cómo va a incrementar el hombre el dominio de la sociedad del presente, si el estudio de ésta no figura entre los objetivos de la historia? Con posterioridad, Carr incide en la misma idea: “Aprender de la historia no es nunca un proceso en una sola dirección. Aprender acerca del presente a la luz del pasado quiere también decir aprender del pasado a la luz del presente. La función de la historia es la de estimular una más profunda comprensión tanto del pasado como del presente, por su comparación recíproca”. Lo que debería exigir lógicamente el estudio del presente.

En la misma línea que Carr, Pierre Vilar se sirve igualmente del concepto de comprensión (y del de conocimiento) en sus consideraciones sobre el pasado y presente. Así Vilar sentencia que “hay que *comprender* el pasado para *conocer* el presente”. Pero, ¿qué quiere decir este autor con este juego de palabras? El mismo da la respuesta a continuación: “*Comprender el pasado* es dedicarse a definir los factores sociales, descubrir sus interacciones, sus relaciones de fuerza, y a descubrir, tras los textos, los impulsos (conscientes e inconscientes) que dictan los actos. *Conocer el presente* equivale, mediante la aplicación de los mismos métodos de observación, de análisis y de *crítica* que exige la historia, a someter a reflexión la información deformante que nos llega a través de los *media*. ‘Comprender’ es imposible sin ‘conocer’”.¹⁴ Sin embargo, nos encontramos nuevamente con otro historiador que asigna a nuestra disciplina una función extremadamente pobre de cara a un presente convencional que sigue sin ser definido.

Además de las visiones anteriores sobre ese constructo que denominamos “presente”, creo que habría que tener en cuenta otras que sin duda nos ayudarían a definir el presente histórico. Curiosamente, en esta búsqueda nos pueden ayudar los especialistas en otro dominio temporal (el futuro), es decir, los prospectivistas o futuristas. En *Encyclopedia of the Future*, en particular, David Dodson Gray hace una breve reflexión sobre el futuro, presente y pasado, subrayando en particular su naturaleza imprecisa, ambigua, elástica. Del presente destaca dos de sus características: su delgadez y su espesor: “What we mean by the present may be as thin a slice of time as the present instant or tick of the clock – or it may be a much looser term, referring to ‘nowadays’, as contrasted with ‘olden times’”, dice.¹⁵ Este presente delgado es equivalente al presente como “singularidad”, “embudo” o “agujero de gusano” del que habla Gaddis.¹⁶ Sin embargo, es precisamente el presente espeso el que nos puede ser útil para la Historia de Nuestro Tiempo y, en definitiva, para una historiografía consecuentemente temporalizada. Dicha noción está sin duda relacionada con otra más

¹³ Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, 73.

¹⁴ Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* (Barcelona: Crítica, 1982), 12.

¹⁵ David Dodson Gray, “Future: Near-, Mid-, and Long-Term”, en *Encyclopedia of the Future*, eds. George Thomas Kurian y Graham T. T. Molitor (New York: Simon & Schuster Macmillan, 1996), 358-360.

¹⁶ John Lewis Gaddis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado* (Barcelona: Anagrama, 2004), 53. El título original de esta obra omite el desafortunado subtítulo de la edición en castellano.

elaborada como es la de “extended present” o presente extendido, que es, a nuestro modo de ver, uno de los conceptos más atractivos de la Prospectiva o de los Estudios de los Futuros. En efecto, el tiempo astronómico y el tiempo del reloj provocan una concepción del presente que es sólo el más breve de los momentos, un filo entre el pasado y el futuro, entre el último *tic* y el próximo *tac*. Sin embargo, los seres humanos raramente experimentan en realidad el presente como un filo. Más bien tienden a experimentar un “presente extendido” que incluye no sólo el filo del presente, sino también el futuro y pasado inmediatos, es decir, alguna dirección del tiempo en ambos lados del momento que pasa. La mayor parte de nuestras experiencias del presente incluyen una longitud o duración del tiempo, una clase de congelación y prolongación de nuestras sensaciones del presente. El concepto de “presente extendido” fue propuesto por Edmund Husserl en 1887, término que incluye no sólo el ahora, es decir, el momento presente, sino también los recuerdos del pasado reciente y las anticipaciones del futuro inmediato. Husserl también habló de los horizontes de un presente extendido temporalmente, que da “espesor” y “extensión temporal” al presente. Por su parte, Ulric Neisser menciona las tres fases del “ciclo perceptual”, cada uno de las cuales corresponde a una facultad de la mente: memoria del pasado inmediato, percepción del presente inmediato y la imaginación o previsión del futuro inmediato. Estas tres facultades no son vistas como independientes, sino como partes interactivas de un proceso único. Por último, los futuristas modernos han propuesto también la idea del presente extendido. Por ejemplo, Slaughter, siguiendo el ejemplo de Elise Boulding, sugiere la noción de un presente de 200 años. Por su parte, Wendell Bell, un sociólogo futurizado, entiende que, por supuesto, cada acontecimiento o proceso en el mundo podría tener su propio y apropiado presente extendido en el sentido de proveer un marco distintivo de referencia para pensar acerca de cuál debería ser la propia duración del “presente”. Decir esto no es negar la realidad del filo del ahora, sino más bien añadir la necesidad humana de entender las duraciones temporales apropiadas para fenómenos diferentes al objeto de diseñar una acción efectiva.¹⁷ Es decir, no habría sólo un presente extendido, sino un número indefinido de ellos. Éstos son los presentes de la Historia de Nuestro Tiempo y de una Historia-Tiempo.

Al igual que los prospectivistas y futuristas, Koselleck da dos respuestas “extremas” a la pregunta qué es el presente: una de ellas es la del presente como un “punto de intersección”, “un punto cero imaginario” o un “momento que continuamente se escapa”.¹⁸ Indudablemente, este tipo de presente, un presente que dura lo mismo que el tictac de un reloj, es *ahistórico* e ininteligible, es decir, no lo podemos aprehender y en consecuencia tampoco lo podemos investigar. La otra versión extrema del presente koselleckiano es la que se sintetiza en la siguiente frase: “todo tiempo es presente en

¹⁷ Wendell Bell, *Foundations of Futures Studies. Human Science for a New Era*. Volume I: *History, Purposes, and Knowledge* (New Brunswick, New Jersey: Transaction Publishers, 1997), 139-140. Véase una sugestiva reflexión sobre diferentes clases de presentes (desde el presente de uno hasta el de doscientos años) en Richard A. Slaughter, “Long-term thinking and the politics of reconceptualization”, *Futures*, [vol.] 28, 1, February (1996): 75-86.

¹⁸ La cita completa es la siguiente: “En primer lugar, el ‘presente’ puede indicar aquel punto de intersección en el que el futuro se convierte en pasado, la intersección de tres dimensiones del tiempo, donde el presente está condenado a la desaparición. Sería entonces un punto cero imaginario sobre un eje temporal imaginario. El hombre es siempre pasado en la medida en que no tiene un futuro ante sí. Y cuando ha dejado de ser tanto pasado como futuro, entonces está muerto. La actualidad se convierte en una [sic] nada pensada que siempre nos indica nuestra pertenencia tanto al pasado como al futuro. Se convierte en aquel momento que continuamente se escapa” (Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo*, 116).

sentido propio”.¹⁹ A juicio de este autor, ninguno de los dos presentes extremos responden a la pregunta de qué es el presente histórico; aunque, desde nuestro punto de vista, los extremos koselleckianos se podrían armonizar apelando a una solución sincrética, de forma que el presente propiamente dicho, o mejor aún el presente histórico, sería el producto de la tensión existente entre sus dos formas extremas, entre el presente que “fluye” (al igual que sucede con el tiempo en general y el histórico en particular) y el que se abre a las demás dimensiones temporales (el pasado y el futuro). Apoyándose en Heidegger, Aron, Witttram y Luhmann, la “salida” de Koselleck a este problema es la siguiente: “Si todas las dimensiones del tiempo están contenidas en un presente que se despliega, sin que podamos remitir a un presente concreto porque continuamente se escapa, entonces las tres dimensiones del tiempo tendrían que ser a su vez temporalizadas”.²⁰ En consecuencia, Koselleck establece tres series de combinaciones a partir de las tres dimensiones del tiempo.²¹ Aparte de que esta salida se apoya indudablemente en la segunda versión extrema de presente, las tres series de combinaciones pecan de cierta confusión, pues, por ejemplo, ¿cuál es la diferencia entre un “pasado presente” y un “presente pasado”? ¿Y entre un “futuro presente” y un “presente futuro”? ¿Y entre los “futuros futuros” y el “futuro futuro”? A la inversa, ¿por qué no contempla Koselleck el *presente presente*, es decir, el hoy, el ahora, la actualidad, que es perfectamente aprehensible? Y si hay un “pasado futuro”, ¿por qué no hay también un futuro pasado, más allá de que las diferencias entre los dos seguirían siendo oscuras? No obstante, aunque la salida koselleckiana no esté bien formulada, creemos que va en la buena dirección. Efectivamente, el presente histórico sólo puede ser un presente espeso, dotado de duración. Sin embargo, la naturaleza de dicho presente histórico es también ambigua, porque puede mirar sólo hacia atrás o, como el dios Jano, mirar también hacia adelante. En el primer supuesto, a nuestro modo de ver, existe un cierto consenso en que dicho presente histórico es, siguiendo a Rothfels, “the era of those living” o, basándonos en la reforma de Victor Duruy de 1865, “une vie d’homme” o el “temps qu’on vit”.²² De esta manera, la Historia de Nuestro Tiempo sería la de las generaciones vivas o, dicho de una forma más vinculada a la cronología, la historia posterior a 1914 o 1918 (por establecer unas fechas convencionales) que, a través de la línea del tiempo, alcanza hasta nuestros días, aunque siempre que se tenga en cuenta que tanto el mojón inicial como el final son móviles. Sin embargo, si dicho presente histórico se fundamenta en la noción de “presente extendido” o en ese presente desplegable del que habla Koselleck, la Historia de Nuestro Tiempo tendría indudablemente un componente prospectivo, debería abarcar también el futuro (o futuros) de las generaciones vivas y no sólo su pasado (o pasados) y su presente instantáneo o delgado. Indudablemente, si la historiografía es, parafraseando a Bloch, la ciencia de los seres humanos en los tiempos y los propios seres humanos experimentan los recuerdos del pasado y las anticipaciones del futuro, dicha ciencia debería – o, más

¹⁹ Una vez más la sentencia entera es como sigue: “Así como el presente desaparece entre el pasado y el futuro, la idea también se puede invertir hasta el extremo: todo tiempo es presente en sentido propio. Pues el futuro todavía no es y el pasado ya no es. Sólo hay futuro como futuro presente y pasado como pasado presente. Las tres dimensiones del tiempo se anudan en el presente de la existencia humana, en su *animus*, por decirlo siguiendo a San Agustín. El tiempo sólo está presente en una continua retirada: el futuro en la *expectatio futurorum* y el pasado en la *memoria praeteritorum*. El llamado ser del futuro o el del pasado no son otra cosa que su presente, en el que se presentan” (*Ibid.*, 117).

²⁰ *Ibid.*, 118.

²¹ *Ibid.*

²² Carlos Navajas Zubeldia, “El regreso de la ‘verdadera’ historia contemporánea”, 143. No obstante, también deberíamos caer en la cuenta de que los vivos están ligados a los muertos y a las generaciones futuras.

modestamente, podría – ser también historia prospectiva, hipotética especialidad que por supuesto habría que definir en sus justos términos desde una perspectiva metodológica.

El concepto de presente histórico, en suma, se solapa con el de pasado y futuro históricos, del mismo modo que el presente sin adjetivos es producto de la tensión continua entre el pasado y el futuro.

Entre la proximidad y la profundidad: los futuros y el futuro histórico

Al igual que hay varios pasados y presentes, lo mismo sucede cuando nos ponemos a analizar el tercer dominio temporal: el futuro. Tal vez la mejor manera de conocer estos futuros es adentrarse en lo que dicen quienes se ocupan de ellos: los futuristas o prospectivistas, pero también Jover y su historia procesal (o procesual), los especialistas en *Big History*, Koselleck y su historia conceptual, los climatólogos, los antropólogos y los filósofos. Pero, sobre todo, aquello que sostenía antes que todos ellos un historiador adelantado a su tiempo: Marc Bloch.

En efecto, Marc Bloch propuso la extensión de la historia al estudio del presente, propuesta que se sintetizaba en su ya famosa definición de la historia como “ciencia de los hombres en el tiempo”.²³ Hombres y no hombre, pues, como decía el cofundador de la “escuela” de los *Annales*, “más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad”,²⁴ aunque Bloch no amplió dicha pluralidad a la noción de tiempo histórico y a sus tres dominios, pues más que de una ciencia de los hombres en el tiempo, deberíamos hablar de una ciencia de los seres humanos en los tiempos.²⁵ En todo caso, cuando Bloch hablaba del tiempo se estaba refiriendo de hecho a todo él. Efectivamente, en el apéndice titulado “Cómo aparecían los manuscritos de esta obra” de *Introducción a la Historia* de Marc Bloch,²⁶ el otro fundador de la escuela de los *Annales* y autor de aquel texto, Lucien Febvre, transcribía los dos últimos capítulos del programa o plan del libro de Bloch, que no llegó a ejecutar. El capítulo séptimo se titulaba “El problema de [la] previsión”, que, se subdividía, a su vez, en los siguientes epígrafes: “1. *La previsión*,

²³ Marc Bloch, *Introducción a la Historia* (Madrid: FCE España, 1988), 40. Sobre la biografía y la historiografía de Bloch, por ejemplo, las obras de Olivier Dumoulin, *Marc Bloch* (Paris: Presses de Sciences Po, 2000) y de Carole Fink, *Marc Bloch. Una vida para la historia* ([Valencia]: Universitat de València, 2004). Hace unos años, Eric Hobsbawm planteó una definición de la historia similar a la de Bloch, aunque más singularizada y un tanto narrativista: “relato de la evolución de la sociedad humana en el tiempo” (*Entrevista sobre el siglo XXI* [Barcelona: Crítica, 2000], 18).

²⁴ Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, 25.

²⁵ Acerca del concepto de tiempo histórico, en tanto que “continuo” y “cambio perpetuo”, véase *Ibid.*, 26-27. Cfr. Asimismo Jean Leduc, *Les historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures* (s. l.: Éditions du Seuil, 1999). Sobre la pluralidad de la noción de tiempo, véase Krzysztof Pomian, *El orden del tiempo* (Madrid: Júcar Universidad, 1990), *passim*. Acerca del tiempo y sus dominios, véase también *El tiempo*, ed. Katinka Ridderbos (Madrid: Cambridge University Press, 2003); Josetxo Beriain, *Aceleración y tiranía del presente. La metamorfosis en las estructuras temporales de la modernidad* (Rubí [Barcelona], México: Anthropos Editorial. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2008); *La naturaleza del tiempo. Usos y representaciones del tiempo en la historia*, ed. Marcelo Leonardo Levinas (Buenos Aires: Biblos, 2008); y Adam Frank, *El fin del principio. Una nueva historia del tiempo* (Barcelona: Ariel, 2012).

²⁶ Marc Bloch, *Introducción a la Historia*. Como es sabido, el título alternativo original de esta obra es *Apologie de l'Histoire ou Métier d'historien*.

necesidad mental”; “2. *Los errores ordinarios de la previsión*: la conjetura económica, la historia militar”; “3. *La antinomia de la previsión* en materia humana [sic]: la previsión que se destruye por la previsión; papel de la toma de conciencia”; “4. *Previsión a breve plazo*”; “5. *Las regularidades*”; y “6. *Esperanzas e incertidumbres*”. A continuación, el propio Febvre agregaba un comentario acerca de ambos capítulos, en particular sobre el segundo de ellos: “Hay que lamentar profundamente [decía] la ausencia de notas más precisas y más detalladas de Bloch acerca de las últimas partes de su libro. Hubiesen sido originalísimas. Aunque yo conocía bien su pensamiento – que es el mío – acerca de las cuestiones planteadas por el capítulo VII, nunca hablamos, en cambio, me parece, acerca de ese problema de la previsión que con mucho sentido y originalidad Bloch se prometía tratar al final de su obra, y que tal vez hubiera sido lo más estrictamente personal de todo el conjunto”.²⁷ Efectivamente, Bloch se habría adelantado a su tiempo, puesto que, entre otras razones, la prospectiva científica nació con posterioridad a la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

La dimensión temporal de los Estudios de los Futuros o de la Prospectiva afecta básica y lógicamente a uno de los dominios del tiempo: el futuro o, mejor dicho, los futuros; sin embargo, el objeto temporal de los *Future Studies* no es usualmente *todo* el futuro, sino tan sólo los futuros más o menos próximos o inmediatos, esto es, entre uno y cincuenta años (o, como máximo, cien años). Efectivamente, en los Estudios de los Futuros se considera que el corto plazo abarca desde el presente hasta los cinco años; el medio plazo desde los cinco hasta los diez o veinte años; y el largo plazo desde los veinte hasta los cincuenta años.²⁸ Por ello, Johan Galtung, uno de los fundadores de los modernos *Future Studies*, encuentra que la mayor parte de estos dominios son demasiado conservadores, pues no están dispuestos a ocuparse de la *longue durée*, es decir, del mundo que se encuentra a cincuenta años del ahora.²⁹ En palabras del propio Galtung, “we should be talking, essentially, about the distant future, the *longue durée*, not some political, even administrative procedures for the coming 5, 10, 25 years”.³⁰ O como observa también David Lowenthal, refiriéndose a las sociedades occidentales, “future speculations seldom transcend the potential lifetimes of now living descendants – (in fact), we peer ahead a century at most”.³¹ En consecuencia, no es de extrañar que algunos futuristas propongan que se considere explícitamente las consecuencias a largo plazo (desde 25 hasta 1.000 años) de las acciones actuales.³² O que otros, como David Barrett, sean capaces incluso de establecer una cronología de *todo* el futuro, que es

²⁷ *Ibid.*, 152-155. El título del capítulo sexto era “La explicación en la historia”.

²⁸ Eleonora Barbieri Masini, *Why Futures Studies?* (London: Grey Seal, 1993), 30-32. Sin embargo, proyectos tales como la famosísima obra *The Limits to Growth* analizan datos que van desde el año 1900 hasta el 2100. Según Masini, *The Limits to Growth* es un ejemplo de previsión que puede ser interpretada como una profecía autoalterable (*Ibid.*, 48). Sobre este interesante límite de los Estudios de los Futuros – las profecías o previsiones autoalterables –, véase *Ibid.*, 47-48. Como dice Ashis Nandy, “Futurists change the future by talking about the future in the present” (“Bearing witness to the future”, *Futures*, [vol.] 28, 6/7, August/September [1996]: 637 (636-639).

²⁹ Sohail Inayatullah, “What futurists think. Stories, methods and visions of the future”, *Futures*, [vol.] 28, 6/7, August/September (1996): 513 (509-694). Es evidente que lo que Galtung entiende por *longue durée* no es precisamente un período de tiempo de “larga duración”.

³⁰ Johan Galtung, “Probing the dark to make for better futures”, *Futures*, [vol.] 28, 6/7, August/September (1996): 566 (566-569).

³¹ David Lowenthal, “The forfeit of the future”, *Futures*, [vol.] 27, 4 (1995): 392 (385-395), citado en Victoria M. Razak, “From the canvas to the field: envisioning the future of culture”, *Futures*, [vol.] 28, 6/7, August/September (1996): 648.

³² Tony Stevenson y Sohail Inayatullah, “Futures-oriented writing and research. Editorial”, *Futures*, [vol.] 30, 1 (1998): 1-2.

dividido en nueve períodos básicos (los tres primeros forman parte de los futuros próximos y los seis restantes de los futuros a largo plazo): el futuro inmediato (hasta un año por delante), el futuro cercano (de uno a cinco años), el futuro medio (de cinco a treinta años), el futuro de largo alcance (de treinta a cien años), el futuro distante (desde cien a mil años), el futuro distante lejano (por encima de los mil años desde aquí o todo lo que esté más allá del siglo XXX), el megafuturo (después de 1 millón de años d. C., hasta el final de nuestro sistema solar), el gigafuturo (después de 1.000 millones de años d. C., hasta la desaparición de las estrellas) y el escatofuturo (después de 1 billón de años d. C., hasta 10^{100} años).³³

En cualquier caso, hemos de insistir en que el objeto temporal de los Estudios de los Futuros no es normalmente *todo* el futuro (a partir de la expresión “tiempo profundo”, podríamos denominarlo futuro profundo),³⁴ sino tan sólo una parte infinitesimal de él: el que está más próximo a los sucesivos presentes de la humanidad (¿por qué no llamarlo “futuro contemporáneo”, el futuro de nuestro tiempo, que como tal ha de incluir necesariamente el análisis no sólo de su pasado inmediato, sino también de su futuro próximo, o “futuro histórico”, pues es obvio que dicho futuro está fuertemente ligado tanto al presente como al pasado históricos?).

La idea de la historia como proceso está presente en la obra de José María Jover Zamora:

La historia no es simplemente ‘lo pasado’, es decir, algo contrapuesto y ajeno, en su definitiva inmovilidad, a la acción y a las opciones del presente; algo a lo que sólo cabe acercarse por vía de evasión o de enriquecimiento humanístico. Sino que es un proceso unitario que engloba pasado, presente y futuro; algo en cuya corriente nos encontramos insertos nosotros mismos, algo que sentimos trepidar bajo nuestros pies y que se ofrece a nosotros como objeto de conocimiento científico, no estrictamente en cuanto pasado, *sino más exactamente en cuanto proceso cuyos factores y motivaciones, cuyas leyes y sentido interesa indagar con miras a la racionalización de la acción humana en el tiempo.*³⁵

Lo primero que destaca de este aserto es una negación: la historia no es igual a pasado, de donde se deduce que la historiografía no es igual a la investigación del pasado, en contra de lo que se ha sostenido desde la historiografía decimonónica, la academicista y la del sentido común. En especial, si se trata de un pasado cosificado, “contrapuesto”, “ajeno” e inmóvil, al presente y a la “flecha del tiempo”. A la inversa, la historia es un “proceso unitario” que abarca el pasado, presente y futuro, aunque tal vez habría que precisar que éstos son tan plurales como históricos. Consiguientemente, la historiografía, en tanto que ciencia humanística y/o social que investiga sobre la historia, debería comprender el estudio de los pasados, presentes y futuros históricos. Futuros que están muy presentes, valga el juego de palabras, en la última parte del

³³ David B. Barrett, “Chronology of Futurism and the Future”, en *Encyclopedia of the Future*, 1.019-1.076.

³⁴ La expresión “tiempo profundo” es de John McPhee (Stephen Gay Gould, *La flecha del tiempo. Mitos y metáforas en el descubrimiento del tiempo geológico*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, 20).

³⁵ José María Jover Zamora, “Corrientes historiográficas en la España contemporánea”, en Juan José Carreras y otros, *Once ensayos sobre la Historia* (Madrid: Fundación Juan March, 1976, 234-235) (La cursiva es nuestra, CNZ). Acerca de la sociedad como proceso y del propio proceso histórico, véase Julio Aróstegui, *La investigación histórica*, 164-165. Si tanto la sociedad como la propia historia son procesos, lógicamente están atravesadas por la “flecha del tiempo” y consiguientemente por la secuencia pasado-presente-futuro o pasados-presentes-futuros.

dictum de Jover, pues “la racionalización de la acción humana en el tiempo” sólo tiene sentido con vistas al futuro (o futuros).

El tiempo de la *Big History*, la corriente historiográfica que une la historia natural y la historia de la humanidad, comprende también el tiempo futuro, algo que parece razonable dada su enorme escala de tiempo. No obstante, es cierto que dentro de la *Big History* hay obras que llevan sus análisis sólo hasta el presente y otras que, como acabamos decir, lo proyectan hacia el futuro o futuros. Entre las primeras, podríamos citar *The Structure of Big History*, de Fred Spier; y, entre las segundas, *Maps of Time. An Introduction to Big History*, de David Christian, una obra posterior del propio Spier, titulada *Big History and the Future of Humanity* y, en mucha menor medida, *Gran Historia. Del big bang a nuestros días*, de Cynthia Stokes Brown.³⁶

Pero, ¿cuál es el futuro propio de la *Big History*? Impredecible para David Christian, caótico, incluso. Sin embargo, este autor cree que hay al menos dos tipos de situaciones en los que podemos e incluso *tenemos* que intentar prever: “The first is when we are dealing with entities that change slowly or simply”. La segunda la expresa con las siguientes palabras: “It is also worth thinking hard about the future when we are dealing with complex processes whose outcomes matter to us and over which we have some influence”. Y, como sintetiza el propio Christian en relación con las dos situaciones, “action is impossible without prediction”. Aplicando los dos tipos de predicciones a la *Big History*, el autor hace dos clases de análisis predictivos: uno relativo al “near future”, es decir, el de los próximos cien años (recuérdese que este libro fue publicado en 2004) y otro correspondiente al “remote future”, aunque de hecho se refiere también al “middle future”. Por lo que se refiere a la primera clase de futuro, que para nosotros es un futuro histórico, contemporáneo incluso, Christian hace una primera afirmación que pone de manifiesto que se trata de un futuro estrechamente vinculado con el presente histórico, es decir, con el presente de las generaciones vivas: “The scale of a single century is strategic because it will be shaped by people living today, and it will affect the lives of our children and grandchildren”. Aunque a nuestro juicio dicho futuro próximo también será conformado por aquellos que vivieron ayer, no deja de ser cierto que es un futuro que entrelaza al menos a tres generaciones, esto es, no se trata de un futuro-futuro, por utilizar una expresión koselleckiana, sino de un presente-futuro que revirtiendo la “flecha del tiempo” es solidario del presente-presente y del pasado-presente. Para Christian, las transformaciones aceleradas del siglo XX hacen social y políticamente irresponsable el *no* considerar los futuros a esta escala, porque las cosas pueden cambiar muy rápidamente. Además, en esta escala, la voluntad política y la creatividad humana podrían contar tanto como la predicción. “Thus our predictions may themselves shape the future”, añade el autor, haciéndose eco implícitamente de una opinión común a la generalidad de los futuristas, es decir, que la prospectiva no tiene tanto que ver con la predicción del futuro, sino con su construcción. Christian considera que la predicción es extremadamente difícil en esta escala de tiempo y que para jugar a este juego tenemos que mirar primero a las grandes tendencias históricas porque éstas van a continuar probablemente al menos un tiempo en el futuro. Sin embargo, también tenemos que considerar la posibilidad de que estas

³⁶ Fred Spier, *The Structure of Big History. From the Big Bang until Today* (Amsterdam: Amsterdam University Press, 1996); David Christian, *Maps of Time. An Introduction to Big History* (Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 2004); Fred Spier, *Big History and the Future of Humanity* (Chichester [West Sussex]: Wiley-Blackwell, 2010); y Cynthia Stokes Brown, *Gran Historia. Del big bang a nuestros días* (Barcelona: Alba, 2009).

tendencias puedan cambiar de dirección o que puedan hacer giros repentinos o incluso aleatorios.³⁷

Por su parte, Fred Spier discute unos cuantos aspectos generales del arte de la previsión del futuro. El primero de ellos es que no tenemos ninguna información acerca del futuro. Sin embargo y al mismo tiempo, todos los esfuerzos humanos están orientados hacia el futuro por necesidad. Como consecuencia de que la futurología es una ciencia sin datos, la mejor posible imagen científica del futuro que podemos proyectar consiste en los escenarios creíbles o verosímiles. Esto implica elecciones acerca de qué desarrollos son los más probables que sucedan. “In doing so, a throughout knowledge of the past is indispensable. In the past, the future was never completely disconnected from what had happened before, so major trends that are visible today are more likely than not to continue in the future”, agrega juiciosamente Spier. Éste distingue varios tipos de cambio: algunos tienen una naturaleza más o menos cíclica. Además hay formas de cambio no cíclico. Aparte de las tendencias conocidas, hay otra categoría que puede ser descrita como “known unknowns”: dichos desarrollos pueden ser descritos como procesos no lineales, en los cuales pequeños acontecimientos del hoy pueden causar grandes efectos en algún lugar del futuro. Nosotros sabemos que esas cosas pueden suceder, pero no sabemos cuándo o cómo tendrán lugar, si es que lo tienen, o cómo serían sus efectos. Finalmente, hay una categoría de “unknown unknowns”, concretamente acontecimientos de los cuales incluso su posibilidad es completamente desconocida y que son, por consiguiente, totalmente inesperados.³⁸

A finales de los años setenta, Reinhart Koselleck trató el tema del pronóstico o la prognosis en su obra *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*.³⁹ En especial, Koselleck reivindicaba la figura y la obra de un autor del siglo XIX: Lorenz von Stein, quien, nada menos que en 1850, había formulado una reveladora sentencia sobre la prognosis, que, además, sintetizaba su teoría de la historia: “Es posible predecir el porvenir, con tal de que no se quiera profetizar lo particular”.⁴⁰ Koselleck incluye a von Stein entre aquellos historiadores, entre los que cita también a Droysen y Marx, “cuya historiografía del tiempo en que vivían sacaba su impulso de un futuro en el que intentaban influir en función de sus diagnósticos históricos” – otro buen ejemplo del carácter sistémico del tiempo histórico. Estos autores representaban a aquella historia, “consecuentemente temporalizada”, que “no se podía conocer ya como ‘historia contemporánea’ si no incluía el futuro potencial”.⁴¹ Algo que, agregamos nosotros, es inevitable para una historiografía “verdaderamente” contemporánea como es la Historia de Nuestro Tiempo que nos aboca a la reflexión sobre el futuro (o futuros) de las generaciones vivas.

³⁷ David Christian, *Maps of Time*, 467-472. Sobre el futuro próximo, véanse también las páginas 472-481; acerca del futuro medio (los próximos siglos y milenios), 481-486; y respecto al futuro remoto, es decir, el futuro del Sistema Solar, la galaxia y el universo, 486-490.

³⁸ Fred Spier, *Big History and the Future of Humanity*, 189-191.

³⁹ Francfort, Suhrkamp, 1979. La versión en castellano se titula: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993). Sobre la prognosis o el pronóstico, véanse dichas voces en el índice analítico de este libro (367).

⁴⁰ *Ibid.*, p. 87. Sobre Lorenz von Stein, véase, en particular, el capítulo titulado “La prognosis histórica en el escrito de Lorenz von Stein sobre la constitución alemana” (*Ibid.*, 87-102). Koselleck repite la máxima de Stein más adelante (véase *Ibid.*, 94 y 153).

⁴¹ *Ibid.*, 320.

Unos años después, concretamente en su obra *Aceleración, prognosis y secularización*, Koselleck volvió sobre la temática de la prognosis en el capítulo titulado “El futuro ignoto y el arte de la prognosis”.⁴² El autor alemán comenzaba estas páginas con una sentencia de Johann Georg Hamann aparentemente “insensata”: “¿Se puede conocer lo pasado si ni siquiera se entiende lo presente? ¿Y quién quiere tomar conceptos correctos de lo presente sin saber el futuro? Lo futuro determina lo presente y éste lo pasado”.⁴³ Y a la inversa, añadimos nosotros, a partir de la repetida constatación de la naturaleza sistémica del tiempo histórico. Para Koselleck, la sentencia de Hamann no tenía sólo un valor soteriológico, sino también un carácter histórico-universal:

El historiador político o el social, que se ocupa profesionalmente de lo pretérito y pregunta al pasado por cadenas causales que conducen al presente, deja de lado metódicamente el futuro. Por doquier concederá, por motivos epistemológicos o psicológicos, que las propias expectativas pueden influir en los planteamientos que le sirven de estímulo para el denominado interés cognoscitivo. Después de todo, tolerará un poco de futuro, sin ver menoscabada su cualificación profesional.⁴⁴

Sin embargo, desde nuestro punto de vista, el historiador *presentista* tendrá que tolerar un “poco” más “de futuro”, por utilizar las mismas palabras de Koselleck. A la inversa, la situación de otras ciencias sociales es bien distinta: “Más solicitados están hoy los campos científicos especializados de la politología, la economía y la sociología, en la medida en que sus estimaciones se refieren no a casos particulares, sino a estructuras, para derivar a partir de ellas tendencias futuras”.⁴⁵ Y, además, volvemos a agregar nosotros, porque las ciencias sociales tienen como objeto un presente móvil que les conduce necesariamente a la reflexión sobre el futuro. Ciertamente, las tendencias sociales se derivan del análisis estructural y no del particular o de lo único e irreplicable, tal y como ha hecho tradicionalmente la historiografía *acontecimental*. No obstante todo lo anterior, Koselleck distingue entre el “estatuto del futuro” y el del pasado. En sus palabras: “Lo pasado está contenido en nuestra experiencia y es verificable empíricamente. Lo futuro escapa por principio a nuestra experiencia y, en consecuencia, no es verificable empíricamente. Sin embargo, hay predicciones que, con mayor o menos plausibilidad, pueden ser transpuestas de la experiencia a la expectativa” por medio de la “facultad de la previsión”, tema que nuestro autor desarrollada apoyándose en una cita de Kant:

Poseer esta facultad (...) interesa más que cualquier otra, porque es la condición de toda posible acción y de los fines a que el hombre endereza el empleo de sus fuerzas. Todo deseo encierra una previsión (dudosa o cierta) de lo que por medio de estas fuerzas es posible. El volver la vista a lo pasado (recordar) se hace tan sólo con el designio de hacer posible la previsión de lo futuro: miramos en torno nuestro en la situación presente para resolver algo o aperebirnos de algo”.⁴⁶

⁴² Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización* (Valencia: Pre-textos, 2003), 73-96.

⁴³ *Ibid.*, 73. Como afirma un poco después el propio Koselleck, basándose en la experiencia histórica, “La afirmación de Hamann de que lo futuro incide en lo presente apenas puede, por tanto, ser refutada en su generalidad” (*Ibid.*, 75). Y ello es así porque, aunque Koselleck parece no saberlo, el objeto real de la prospectiva no es la predicción, previsión o prognosis del futuro, sino su construcción, y ésta sólo se hace en la sucesión de presentes. Es algo parecido a lo que ocurre con la historiografía como *maestra de la vida*, pero al revés. Son la cara y la cruz de una misma moneda.

⁴⁴ *Ibid.*, 74.

⁴⁵ *Ibid.*. En este sentido es completamente natural que en la Asociación Internacional de Sociología (ISA) haya un Comité de Investigación sobre los *Futures Research* (<http://www.isa-sociology.org/rc07.htm> [consulta 5 abril, 2013]).

⁴⁶ *Ibid.*, 75-76.

Para Koselleck, “Kant reconduce las dimensiones del tiempo histórico a su núcleo antropológico”, mientras que, por ejemplo, San Agustín reducía la dimensión temporal al “hombre interior”, dentro de las cuales “Kant le adjudica inequívocamente (...) el mayor peso al futuro y a la facultad de previsión ligada a él”.⁴⁷ O de construcción, matizaríamos nosotros. Puntualización que se extiende a otra sentencia de Koselleck vinculada a la previsión: “A fin de poder obrar [el hombre] ha de tener en cuenta la inexperimentabilidad de su futuro, la incapacidad empírica de experimentarlo”.⁴⁸ En realidad, el hombre sí que puede experimentar sus futuros en el sentido de que, a lo largo de su vida, ve pasar el continuo temporal pasado-presente-futuro y que el futuro no se construye *ex nihilo*, sino que lo hace a partir de la línea del tiempo. Además, si el futuro no se puede experimentar, tampoco puede el “pasado real”.

Acto seguido, Koselleck se sitúa en el “centro” de su problemática, que no es otra que el “arte de la prognosis” y las “reglas mínimas” para su éxito. En consecuencia, el historiador alemán establece una primera regla meramente formal: “la escala de los enunciados sobre el futuro se extiende desde los pronósticos absolutamente seguros a aquéllos de contenido altamente improbable”.⁴⁹ Regla que precisa más adelante en una primera “tesis”: “los pronósticos son sólo posibles porque hay estructuras formales en la historia que se repiten, aun cuando su contenido concreto sea en cada caso único y sorprendente para los afectados. Sin constantes de diversa duración en el haz de factores de los acontecimientos venideros sería imposible predecir en general algo”.⁵⁰ Más adelante Koselleck enuncia de hecho una segunda tesis, aunque no la introduce como tal: “La fecundidad de la predicción histórica” depende “de los diversos estratos (*Shichten*) históricos, de los escalonamientos o gradaciones en profundidad del tiempo, que” son “transpuestos de la experiencia histórica al enunciado sobre el futuro”.⁵¹ Tesis que pone de manifiesto el hecho de que no existen los pasados que ya han pasado, sino que, abundando en nuestras propias ideas, los pasados-pasados están ligados estrecha o indisolublemente con los futuros, ya sean éstos o bien futuros-presentes o bien futuros-futuros. Y la tercera que no deja de ser una variante más breve de su “tesis”: el “escalonamiento histórico en profundidad como presupuesto de éxito de los pronósticos”.⁵²

En un “segundo paso” Koselleck precisa la cuestión de los diversos estratos del tiempo. Así, distingue teóricamente “tres planos temporales recuperables a los que podemos remitirnos de modo diferente a fin de posibilitar [los] pronósticos”. Primeramente, “hay una sucesión a corto plazo del antes y el después que caracteriza las coacciones cotidianas para que obremos”. En segundo lugar, “existe el plano de las tendencias a medio plazo, de los decursos de acontecimientos en los que entran en liza una gran cantidad de factores que escapan al control de los agentes”. Y, en tercer lugar, “hay un plano de duración, por así decirlo, metahistórica, que no por eso es atemporal”.⁵³

⁴⁷ *Ibid.*, 76.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *Ibid.*, 78.

⁵⁰ *Ibid.*, 80.

⁵¹ *Ibid.*, 82.

⁵² *Ibid.*, 87.

⁵³ *Ibid.*, 91-92.

En conclusión, Koselleck sostiene que “La distinción teórica entre nuestros tres cursos temporales (las acciones a corto plazo, los desarrollos que tienen lugar forzosamente a medio plazo, así como las posibilidades repetibles a largo plazo o duraderas), nos muestra que su interrelación se ha alterado decisivamente en la historia reciente”. “Hoy es más difícil hacer pronósticos a corto plazo, porque los factores involucrados en ellos se han multiplicado”, añade inmediatamente después. “Pero hasta las constantes transpersonales, que a modo de condiciones han determinado los procesos a medio plazo, han cambiado desde hace unos doscientos años a una velocidad creciente”.⁵⁴

Sin embargo, la conclusión de Koselleck no termina consigo misma, pues el autor añade un epílogo escrito desde la perspectiva histórica: “la seguridad del pronóstico aumentaría necesariamente de nuevo si se lograra insertar en el futuro más efectos dilatorios, cuya previsibilidad sería mayor tan pronto como las condiciones generales económicas e institucionales de nuestro obrar sean cada vez más estables”.⁵⁵

Por otro lado, podemos hablar de un “futuro profundo”, el futuro ligado a las predicciones climáticas. Desde la perspectiva de la historia de la Tierra, la Edad Contemporánea coincide con la Era de los Humanos (o la época del Antropoceno). Esta Era va a tener unas consecuencias a larguísimo plazo.⁵⁶ Sin duda se trata de una forma muy distinta de analizar dicha Edad y muy alejada de las preocupaciones de los historiadores academicistas y de los que están atados al presentismo. Como dice Stager, “Una visión a largo plazo no suele ser bienvenida para [sic] quienes se preocupan por los acontecimientos del aquí y el ahora; sin embargo, aporta orientaciones que pueden resultar útiles para la navegación en un mundo complejo y cambiante”. A lo que agrega: “En tanto que guía de este viaje por el futuro, mi deseo es mirar más allá del momento actual, centrándome tanto en el porvenir como en el pasado, para dejar a sí entrever la naturaleza de lo que vendrá y de lo que ya fue hace ya mucho tiempo”.⁵⁷ Es decir, el pasado y el futuro son una vez más inseparables.

Desde una perspectiva antropológica, podríamos distinguir también entre el “futuro individual” y el “futuro colectivo” y entre el futuro como una mera continuidad del pasado (la “intriga”) y el futuro como nacimiento (la “inauguración”). Un futuro del que es necesario hablar en plural y que es, en todo caso, un “presente en movimiento”.⁵⁸ Y desde un ángulo filosófico, el futuro puede ser “desconocido”, “sorprendente”, “abierto”, “imprevisible”, indisponible, “enigmático”, irreductiblemente incierto, *intransparente*, un “espacio abierto a nuestra libertad”, “una cadena compleja de acontecimientos de variada significación que podemos anticipar por medio de indagaciones acerca de lo verosímil y lo posible”, inseguro, desconocido estructuralmente (lo que no es cierto, matizamos nosotros), opaco, insólito, “complejo”, “frágil”, etc.⁵⁹

⁵⁴ *Ibid.*, 95-96.

⁵⁵ *Ibid.*, 96.

⁵⁶ Curt Stager, *El futuro profundo. Los próximos 100.000 años de vida en la Tierra* (Barcelona: Crítica, 2012).

⁵⁷ *Ibid.*, 15.

⁵⁸ Marc Augé, *Futuro* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2012), 5, 9 y 155-156.

⁵⁹ Daniel Innerarity, *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política* (Barcelona: Paidós, 2009, *passim*).

Pero, ¿cómo tiene que ser, o al menos puede serlo, el futuro histórico? En primer lugar, habría que tener en cuenta que en todo pasado, sea el que sea, ha habido varios futuros potenciales (futuribles), diversos escenarios, variadas bifurcaciones históricas y esto es algo que el historiador tiene que tener en cuenta en sus investigaciones, pues de lo contrario la explicación histórica sería meramente teleológica, determinista, unívoca, etc. Es algo parecido, aunque no idéntico, a lo que afirma Aróstegui en la siguiente cita: “El historiador debe explicar las situaciones históricas *como si no conociera* su futuro. Es decir, no debe explicarlas sólo por el desenlace conocido de una situación, como no debe hacerlo tampoco por las ‘intenciones’ de los actores. La explicación se fundamenta en la dialéctica precisa entre ambas cosas”.⁶⁰ Los escenarios futuros no sólo existen en nuestro presente, sino que han formado parte también de los presentes de las distintas generaciones que han existido desde los orígenes de la humanidad. Sirviéndonos de las palabras de Innerarity, “el pasado está lleno de futuros que no llegaron a realizarse”.⁶¹

En segundo lugar, a la hora de analizar nuestro presente, el de las generaciones vivas, también hemos de ser conscientes de los diversos futuros que se abren ante nosotros y al hacerlo incrementaremos además el “espacio de inteligibilidad” del propio presente. Me parece evidente que los estudios prospectivos que se han publicado en especial en los últimos años incrementan nuestro conocimiento del presente, lo hacen más inteligible.⁶² Además, todos estos estudios prospectivos nos hablan no sólo de los futuros, sino también de los presentes en los que fueron publicados (2000, 2004, 2008, 2009, 2010, 2011, 2012). Como dice Heilbroner: “Las visiones del futuro expresan el *ethos* de la época”, esto es, más allá de que acaben siendo ciertas o no, forman parte de la historia del presente (o del pasado), como debería reconocer incluso el historiador más escéptico.⁶³ Curiosamente, es lo mismo que pasa en relación con las obras de historia tradicional, pero al revés. Desde este ángulo la prospectiva y la historia convencional son las dos caras de una misma moneda, como afirmábamos más arriba.

⁶⁰ Julio Aróstegui, *La investigación histórica*, 230.

⁶¹ Daniel Innerarity, *El futuro y sus enemigos*, 17.

⁶² Sobre las tendencias globales hacia 2015, véase *Global Trends 2015: A Dialogue About the Future With Nongovernment Experts*, NIC 2000-02, December 2000. Acerca del mundo hacia 2020, véase *Mapping the Global Future. Report of the National Intelligence Council's 2020 Project. Based on consultations with nongovernmental experts around the world*, December 2004. Sobre las tendencias globales hacia 2025, véase *Global Trends 2025: A Transformed World*, NIC 2008-003, November 2008 y acerca de la gobernanza global hacia la misma fecha, véase *Global Governance 2025: At a Critical Juncture*, NIC 2010-08, September 2010. Sobre la Unión Europea hacia 2030, véase *Proyecto Europa 2030. Retos y oportunidades. Informe al Consejo Europeo del Grupo de Reflexión sobre el futuro de la UE en 2030*, mayo 2010. Y acerca del mundo hacia 2050, ver John Hawksworth y Gordon Cookson, *The World in 2050. Beyond the BRICs: a broader look at emerging market growth prospects*, PricewaterhouseCoopers, March 2008, <http://www.pwc.com/world2050>; Jaime Requeijo, *Odisea 2050. La economía mundial del siglo XXI* (Madrid: Alianza Editorial, 2009); Laurence C. Smith, *El mundo en 2050. Las cuatro fuerzas que determinarán el futuro de la civilización* (Barcelona: Debate, 2011); Karen Ward, *The world in 2050. Quantifying the shift in the global economy*, HSBC Global Research, Global Economics, January 2011; y Daniel Franklin y John Andrews, *El mundo en 2050. Todas las tendencias que cambiarán el planeta* (Barcelona: Gestión 2000, 2012).

⁶³ Robert Heilbroner, *Visiones del futuro. El pasado lejano, el ayer, el hoy y el mañana* (Barcelona: Paidós, 1996), 128. En el capítulo relativo al mañana de esta obra, Heilbroner expone la metodología usada para *verlo*: “En lugar de proyectar la sombra de las realidades desconocidas del mañana, propongo preguntarse por lo que es *imaginable* – subrayo esta crucial palabra – para ejercer un control eficaz sobre las fuerzas del hoy conformadoras de[l] futuro. Lo cual nos evita el intento imposible de predecir la forma del mañana, y nos permite el menos fútil esfuerzo de preguntarnos por las posibilidades de cambiar o controlar las tendencias del presente” (111).

En este sentido, y en tercer lugar, el futuro histórico tiene que formar parte de la secuencia pasados-presentes-futuros, por lo que el binomio futuro-futuro no cabría dentro de dicho futuro historizado, formando parte de otro tipo de disciplinas o *indisciplinas* como, por ejemplo, la ciencia ficción o la misma prospectiva.

En cuarto lugar, deberíamos tener presente que, tal y como ilustra indirectamente una famosa anécdota oral en la que aparece la mítica Radio Armenia, el futuro altera el pasado. La pregunta que se le hace a Radio Armenia (“¿Se puede predecir el futuro?”) y su respuesta (“Sí, eso no es un problema. Sabemos exactamente cómo será el futuro. Nuestro problema es el pasado, que sigue cambiando”) sirve para ilustrar en principio la pugna por el control de la memoria, pero, como acabamos de apuntar, tiene una segunda lectura que es justamente la de que la acumulación histórica (el futuro) altera nuestra percepción del pasado, lo cambia.⁶⁴

Una conclusión temporal

La historiografía es una ciencia humanístico-social cuyo objeto es analizar a los seres humanos, tanto individual como socialmente, a lo largo de los tiempos, a lo largo del proceso histórico. Si tanto la sociedad como la propia historia son procesos, lógicamente están atravesadas por la “flecha del tiempo” y consiguientemente por la secuencia pasado-presente-futuro.⁶⁵

Justamente, hemos de preguntarnos una vez más: ¿Qué es el presente? ¿Qué es el futuro? Con arreglo a la siguiente y clarividente cita de Toynbee, tampoco se trata del presente ni del futuro del sentido común:

La guerra de 1914 me encontró explicando a Tucídides (...) y en ese momento mi entendimiento se iluminó de súbito. La experiencia por [la] que estábamos pasando en nuestro mundo actual ya había sido vivida por Tucídides en el suyo. Ahora, en una nueva lectura, lo comprendía en otra forma, percibía el verdadero significado de sus palabras, los sentimientos latentes en sus frases, que sólo ahora me conmovían, al hallarme a mi vez en esa crisis histórica que le indujo a escribir su obra. Tucídides, tal se veía, había pisado antes ese mismo terreno. (...) en realidad su *presente* había sido mi *futuro*. Pero esto convertía en absurda la notación cronológica que calificaba a mi mundo como ‘moderno’ y como ‘antiguo’ al de Tucídides. Pese a lo que pudiera sostener la cronología el mundo de Tucídides y el mío propio acababan de probar que eran filosóficamente contemporáneos.⁶⁶

En esta sentencia Toynbee subrayaba algo que es bien conocido: que una cosa es la cronología y otra el tiempo histórico y que una cosa es la secuencia pasado-presente-futuro y otra la contemporaneidad de los dominios temporales, unidos por la persistencia en este caso de un factor histórico de primera magnitud, de una regularidad histórica: la guerra.⁶⁷

⁶⁴ La anécdota oral ha sido reproducida a partir de Gwyn Prins, “Historia oral”, 161.

⁶⁵ Acerca de la sociedad como proceso y del propio proceso histórico, véase Julio Aróstegui, *La investigación histórica*, 164-165.

⁶⁶ Arnold J. Toynbee, *La civilización puesta a prueba*, Buenos Aires, 1949, p. 15, cit. en Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Libros I-II (Madrid: Gredos, 1990), 164. La cursiva es nuestra (CNZ).

⁶⁷ Recuérdese que el epígrafe 5 del capítulo séptimo de la inconclusa obra de Bloch se iba a titular “Las regularidades” (*supra*).

Otra idea que hay que tener muy presente es que la reconstrucción del pasado está influenciada por el presente del historiador o, mejor aún, por la sucesión de presentes de éste, por el proceso histórico en el que está inserto el propio investigador. Sin embargo, dicho pasado histórico también se ve influido por las expectativas de futuro de los historiadores, expectativas que pueden determinar incluso sus temas de investigación, como lo pone de manifiesto de forma palpable el conocido caso de la escuela historiográfica prusiana. En este sentido, la famosa sentencia de Benedetto Croce, “Toda historia es historia contemporánea”, se podría completar con esta otra: toda historia es historia prospectiva. Un tipo de historia, por cierto, que sería equiparable en cierta medida a la historia virtual, con la diferencia de que en el primer caso se hace desde el presente y en el segundo desde el pasado, y de que la historia prospectiva también debería tener en cuenta las estructuras y las tendencias históricas.⁶⁸

En definitiva, el único tiempo de la historiografía es el tiempo histórico, que, además, está interconectado con los tiempos de otras disciplinas: los de las ciencias sociales, ciencias naturales, etc.⁶⁹ No lo es el pasado, el presente ni el futuro históricos, pues, por un lado, todos ellos son incompletos y, por otro, todos ellos están interrelacionados. Un tiempo histórico que tiene un carácter sistémico, total, pues el pasado contiene el futuro y éste el pasado y el presente es el resultado de la tensión entre el uno y el otro. Los tres dominios no son sendas “islas en el tiempo”, sino parte integrante de un mismo continente temporal. Como sostiene acertadamente Beverley Southgate, “It is in historical practice impossible to maintain any rigid distinction between past, and present and future”.⁷⁰ O dicho con las poéticas palabras de T. S. Eliot, y con esta cita ya concluimos: “Time present and time past / Are both perhaps present in time future, / And time future contained in time past”.

Profile

The author has a PhD in History, which he earned at the University of Zaragoza in 1990. After obtaining his doctorate, he furthered his studies at the Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Spain) and the London School of Economics and Political Science (LSE). He has been associate professor of Contemporary History at the universities of Huelva and La Rioja (Spain), and is currently lecturer at the latter, being accredited also as a senior lecturer. He is an author, co-author and editor of sixteen books; author of some seventy articles and scientific essays; and has participated as a speaker or presenter in fifty

⁶⁸ Sobre la historia virtual, cfr., por ejemplo, *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*, ed. Niall Ferguson (Madrid: Taurus, 1998) e *Historia virtual de España (1870-2004). ¿Qué hubiera pasado si...?*, ed. Nigel Townson (Madrid: Taurus, 2004). A pesar de la evidente relación existente entre la historia virtual y la prospectiva, Ferguson se muestra un tanto desdeñoso hacia lo que él denomina la futurología: “Los futurólogos ofrecen conjeturas sobre cuáles de las alternativas plausibles que tenemos hoy ante nosotros prevalecerán en años venideros, y generalmente fundan sus predicciones en la extrapolación de tendencias anteriores. Pero, a juzgar por la exactitud de dichas obras, podrían igualmente haberse fundamentado en la astrología o las cartas del tarot” (*Historia virtual*, 18). Tal vez dicho desdén es fruto de la atrevida ignorancia.

⁶⁹ Por lo que se refiere a las ciencias sociales, Guadalupe Valencia García propone la necesidad de temporalizarlas (Guadalupe Valencia García, *Entre cronos y kairós. Las formas del tiempo sociohistórico* [Rubí (Barcelona): México: Anthropos Editorial. UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2007], *passim*).

⁷⁰ Beverley Southgate, *History: What & Why? Ancient, Modern and Postmodern Perspectives* (London and New York: Routledge, 1996), 113. Con arreglo a esta misma autora, el postmodernismo cuestiona o desafía las distinciones cronológicas tradicionales existentes entre pasado, presente y futuro, lo que implica la apertura del estudio de la historia a las posibilidades futuras (109-114).

national and international congresses. He is also the coordinator of the History of Our Time Research Group at the University of La Rioja (<www.unirioja.es/gihnt>).

El autor es doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza desde 1990. Con posterioridad a la obtención de su doctorado, amplió estudios en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (España) y en la London School of Economics and Political Science (LSE). Ha sido profesor asociado de Historia Contemporánea en las universidades de Huelva y La Rioja (España) y en la actualidad es profesor contratado doctor en esta última Universidad, estando acreditado además como profesor titular. Es autor, coautor o editor de dieciséis libros; autor de cerca de setenta artículos y ensayos científicos; y ha participado como ponente o comunicante en cincuenta congresos nacionales e internacionales. Es, además, el coordinador del Grupo de Investigación de Historia de Nuestro Tiempo de la Universidad de La Rioja (<www.unirioja.es/gihnt>).

Fecha recepción: 6 de abril de 2013

Fecha de aceptación: 30 de mayo de 2013

Publicado: 15 de junio de 2013

Para citar este artículo: Carlos Navajas Zubeldía, “Sobre el tiempo histórico”, *Historiografías*, 5 (enero-junio, 2013): pp. 32-50

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/5/navajas.pdf>